

Ben Macintyre

EL HOMBRE QUE NUNCA EXISTIÓ

OPERACIÓN CARNE PICADA

La historia
del episodio
que cambió
el curso
de la segunda
guerra mundial

CRÍTICA



BEN MACINTYRE

EL HOMBRE QUE NUNCA EXISTIÓ

Operación Carne Picada. La historia del episodio
que cambió el curso de la segunda guerra mundial

Traducción castellana de
Luis Noriega

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: noviembre de 2010

Primera edición en esta nueva presentación: marzo de 2025

El hombre que nunca existió. Operación Carne Picada. La historia del episodio que cambió el curso de la segunda guerra mundial

Ben Macintyre

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *Operation Mincemeat*

© Ben Macintyre, 2010

© de la traducción, Luis Noriega, 2010

© Editorial Planeta, S. A., 2010, 2014, 2025

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es

www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-730-6

Depósito legal: B. 3.594-2025

Impresión y encuadernación: Arteos Digital

Printed in Spain - Impreso en España



El buscador de sardinas

José Antonio Rey María no tenía ninguna intención de pasar a la historia cuando partió remando hacia el Atlántico desde la costa de Andalucía el 30 de abril de 1943. Sencillamente estaba buscando sardinas.

José estaba orgulloso de su reputación como el mejor localizador de peces de Punta Umbría. En un día claro, era capaz de advertir el revelador brillo iridiscente de las sardinas a varias brazas de profundidad. Cuando veía un cardumen, José marcaba el lugar con una boya, y luego hacía señales a Pepe Cordero y los demás pescadores de *La Calina*, una embarcación más grande, para que se apresuraran a llevar la red.

Aquéel, sin embargo, no era un buen día para buscar peces. El cielo estaba cubierto y el viento, que soplaba en dirección a la orilla, alteraba la superficie del agua. Los pescadores de Punta Umbría habían zarpado antes del amanecer, pero hasta el momento lo único que habían conseguido era pescar anchoas y unos cuantos besugos. A bordo del *Ana*, su pequeño esquife, José volvió a inspeccionar las aguas mientras el sol calentaba su espalda. Podía ver en la orilla el grupito de cabañas de pescadores que había bajo las dunas de la playa de El Portil, donde estaba su hogar. Más allá, después del estuario donde los ríos Odiel y Tinto desembocaban en el mar, se encontraba el puerto de Huelva.

La guerra, que entonces estaba en su cuarto año, apenas había incidido en esta parte de España. En ocasiones, José encontraba en el mar extraños restos flotantes, fragmentos de madera achicharrada, manchas de petróleo y otros escombros que contaban las batallas que estaban teniendo lugar en altamar. Esa mañana, temprano, había oído a lo lejos disparos y una fuerte explosión. Pepe decía que la guerra estaba arruinando a los pescadores; nadie tenía dinero, y quizá tuviera que vender *La Calina* y el *Ana*. Se rumoreaba que los capitanes de algunos barcos pesqueros más grandes espiaban para los alemanes o los británicos. Pero en muchos sentidos la dura vida de los pescadores continuaba siendo como siempre había sido.

José había nacido veintitrés años antes, en la playa, en una cabaña hecha con maderos arrojados por el mar. Nunca había viajado más allá de Huelva y sus aguas. Nunca había asistido a la escuela ni aprendido a leer y escribir. Pero nadie en Punta Umbría le superaba a la hora de encontrar cardúmenes.

Fue a media mañana cuando José advirtió un «bulto» flotando en el agua.¹ En un primer momento pensó que debía de tratarse de una marsopa muerta, pero a medida que se acercaba la forma se hizo cada vez más clara hasta resultar inconfundible. Era un cuerpo humano que se mantenía a flote gracias a un chaleco salvavidas amarillo. El muerto estaba boca abajo, la parte inferior del torso resultaba invisible y parecía llevar puesto un uniforme.

Al inclinarse por la borda para agarrar el cuerpo, el olor de la putrefacción golpeó a José, que se halló de repente ante el rostro de un hombre o, mejor, ante lo que había sido el rostro de un hombre. El mentón estaba cubierto por completo de un moho verde, mientras que la parte alta de la cara tenía un color oscuro, como tostada por la acción del sol. José consideró que quizá el muerto se había quemado en algún accidente marítimo. La piel de la nariz y la mandíbula había empezado a pudrirse.

José hizo señas con las manos y gritó a los demás pescadores. Cuando *La Calina* se acercó, Pepe y la tripulación se apiñaron en la borda para ver el hallazgo. José les pidió que arrojaran una cuerda y subieran el cuerpo a la embarcación, pero «ninguno tenía ánimos para cogerlo».² Molesto, José comprendió que tendría que llevarlo a

la orilla él mismo. Tirando del empapado uniforme, alzó el cuerpo y lo dejó sobre la popa, con las piernas todavía en el agua, y remó de vuelta a la orilla, intentando no respirar el hedor que despedía.

En la parte de la playa conocida como La Bota, José y Pepe arrastraron el cuerpo hasta las dunas. El maletín que el hombre llevaba atado con una cadena dejó un rastro en la arena detrás de ellos. Los pescadores dejaron el cuerpo bajo la sombra de un pino. Los niños salieron de las cabañas para echar un vistazo al atroz espectáculo. El hombre era alto, medía más de metro ochenta, e iba vestido con una casaca y una gabardina caquis y botas militares altas. Obdulio Serrano, una joven de diecisiete años, vio que el hombre tenía alrededor del cuello una cadenita de plata con un crucifijo, lo que le hizo pensar que debía de haber sido católico.

A Obdulio se le mandó a dar aviso de lo ocurrido al oficial al mando de la unidad militar encargada de vigilar esa parte de la costa. Esa misma mañana, temprano, una docena de hombres del 72.º Regimiento de Infantería del ejército español había estado marchando por la playa, como hacían casi todos los días en un ejercicio por lo demás bastante inútil. En ese momento, los soldados estaban haciendo la siesta bajo los árboles. El oficial ordenó a dos de sus hombres que vigilaran el cuerpo para evitar que alguno de los lugareños intentara inspeccionar el contenido de sus bolsillos y, con pesadez, se encaminó hacia la playa para buscar a su superior.

El perfume del romero salvaje y las jacarandas que crecían entre las dunas no lograba ocultar el hedor de la descomposición. Las moscas zumbaban alrededor del cuerpo. Los soldados optaron por situarse en contra de la dirección del viento. Alguien fue a buscar un asno para llevar el cuerpo hasta el pueblo de Punta Umbría, a unos seis kilómetros y medio de allí, desde donde un barco podría trasladarlo a Huelva, al otro lado del estuario.

Ignorando los acontecimientos que acababa de poner en marcha, José Antonio Rey María regresó a la playa, empujó su esquife al agua y volvió a su búsqueda de sardinas.

Dos meses antes, en una pequeña habitación en los sótanos del edificio del almirantazgo en Whitehall, dos hombres se esforzaban por

resolver un rompecabezas que ellos mismos habían ideado: ¿cómo crear una persona de la nada, un hombre que nunca había existido?

El más joven de los dos era alto y delgado, usaba anteojos y llevaba un cuidado bigote al estilo típico de la fuerza aérea, con el que jugueteaba cuando estaba muy concentrado. El otro, elegante y lánguido, iba vestido con el uniforme de la Marina y chupaba una pipa curva que chisporroteaba y crepitaba con malicia. El ambiente en el recinto, una caverna subterránea que carecía de ventanas, luz natural y ventilación, era pesado. Las paredes estaban cubiertas con grandes mapas y en el techo abundaban las manchas amarillas y grasosas de la nicotina. Lo que en otra época había sido una bodega de vino era ahora la sede de una sección del Servicio Secreto británico conformada por cuatro oficiales de inteligencia, siete secretarías y mecánógrafas, seis máquinas de escribir, una colección de archivadores cerrados con llave, una docena de ceniceros y dos teléfonos para comunicaciones cifradas. La Sección 17M era tan secreta que difícilmente había veinte personas fuera de la habitación que conocieran su existencia.

La Oficina 13 del almirantazgo era un centro de procesamiento de información secreta, mentiras y rumores. Todos los días, la información más letal y valiosa aportada por los servicios de inteligencia (mensajes descifrados, planes de engaño, movimientos de tropas enemigas, informes de espionaje cifrados y otros misterios) llegaba a este pequeño despacho del sótano para ser analizada, valorada y remitida a partes distantes del mundo: el blindaje y la munición de una guerra secreta.

Los dos oficiales, Bigote y Pipa, también eran responsables de la supervisión de los agentes y los agentes dobles, el espionaje y el contraespionaje, la inteligencia, las falsificaciones y los fraudes: pasaban al enemigo tanto mentiras dañinas como información cierta pero inocua; dirigían la labor de espías voluntariosos, de espías renuentes a los que se había obligado a colaborar y de espías que ni siquiera existían. Y ahora, con la guerra en su apogeo, estaban embarcados en la creación de un espía completamente diferente de todos los que habían concebido hasta entonces: un agente secreto que no sólo era ficticio, sino que estaba muerto.

La característica que definiría a este espía sería su falsedad. Se trataba de una invención puramente imaginaria, un arma en una guerra muy alejada de las batallas tradicionales con bombas y balas. En su forma más visible, la guerra se pelea con liderazgo, valor, táctica y fuerza bruta; ésa es la guerra convencional de los ataques y los contraataques, la de las líneas en el mapa, los efectivos y la suerte. Los colores de este tipo de guerra son por lo general el negro, el blanco y el rojo sangre; es la guerra de los ganadores, los perdedores y las bajas: los buenos, los malos y los muertos. Pero también existe otra clase de guerra, menos visible, en la que abundan los tonos grises, una batalla de engaños, seducción y mala fe, de artimañas y espejos, en la que la verdad, como dijo Churchill, se protege con una «escolta de mentiras». Los combatientes de esta guerra de la imaginación rara vez eran lo que parecían, pues el mundo encubierto, en el que la ficción y la realidad son en ocasiones enemigos y en ocasiones aliados, atrae a las mentes sutiles, ágiles y, con frecuencia, extremadamente inusuales.

El cadáver que yacía en las dunas de Punta Umbría era un fraude. Las mentiras que llevaba consigo volarían de Londres a Madrid y de allí a Berlín para completar un viaje iniciado en un gélido lago escocés y cuyo destino último eran las costas de Sicilia, un viaje de la ficción a la realidad y de la Oficina 13 del almirantazgo británico directo al escritorio de Hitler.

Mentes retorcidas

El almirante John Godfrey, el director del Departamento de Inteligencia Naval del almirantazgo, pensaba que engañar al enemigo en tiempos de guerra era como pescar y, específicamente, como la pesca de trucha con mosca. «El pescador de truchas», escribió en un memorando de máximo secreto, «pasa todo el día lanzando el anzuelo, paciente. Con frecuencia cambia de emplazamiento y de cebo. Si ha asustado a algún pez puede “dar al agua un descanso de media hora”, pero su principal cometido, a saber, atraer a los peces mediante algo que lanza desde su barco, es incesante.»¹

El «Memorando Trucha» de Godfrey se distribuyó a los demás jefes de los servicios de inteligencia de tiempos de guerra el 29 de septiembre de 1939, cuando la confrontación bélica apenas tenía tres semanas. Aunque el documento se difundió en nombre de Godfrey, poseía todos los rasgos característicos de su ayudante personal, el capitán de corbeta Ian Fleming, quien años después se haría famoso como el autor de las novelas de James Bond. Fleming tenía, en palabras de Godfrey, un «talento notable» para el planeamiento de actividades de espionaje y, como sería de esperar, poseía una particular habilidad para inventar lo que el oficial denominaba «tramas» para burlar al enemigo.² Fleming llamaba a estos planes «fantasías románticas de piel roja», pero eran mortalmente serios.³ El memorando presentaba numerosas ideas para embaucar a los alemanes en el mar, muchas formas de atrapar a los peces mediante «el engaño, las

tretas bélicas, el traspaso de información falsa, etc.». ⁴ Las ideas evidenciaban una imaginación extraordinaria y, como ocurre con frecuencia en las novelas de Fleming, apenas resultaban creíbles, algo que el documento reconocía: «A primera vista, muchas de estas propuestas parecen un tanto fantásticas, pero, no obstante, contienen en germen algunas buenas ideas; y cuanto más se las examina, menos fantásticas resultan». ⁵

El mismo Godfrey era un hombre bastante puntilloso: exigente, irascible e infatigable, fue el modelo que Fleming utilizó para crear al «M» de las historias de James Bond. En la inteligencia naval no había nadie con una apreciación más aguda de la mentalidad particular que requerían las labores de espionaje y contraespionaje. «El negocio del engaño, el manejo de agentes dobles, las filtraciones deliberadas y la construcción progresiva en la mente del enemigo de la confianza que necesita un agente doble, requieren una mente retorcida que no poseo», reflexionaba. ⁶ Recabar información mediante el espionaje, y distribuir información de inteligencia falsa, era, sostuvo, como «pasar azogue a través de un tojo con una cuchara de mango largo». ⁷

El Memorando Trucha era una obra maestra del pensamiento retorcido con un listado de cincuenta y una propuestas para «introducir ideas en las mentes de los alemanes» que iban de lo posible a lo absurdo. Entre ellas estaban, por ejemplo, arrojar balones de fútbol pintados con pintura luminosa para atraer a los submarinos; distribuir, mediante botellas lanzadas al mar, mensajes ficticios en los que el capitán de un submarino alemán maldecía al Reich hitleriano; una «nave del tesoro» falsa repleta de comandos; y el envío de información falsa a través de ejemplares falsificados del periódico *The Times* («un medio irreproachable e inmaculado»). ⁸ Una de las ideas más desagradables recogidas en el documento proponía dejar a la deriva latas de explosivos con la apariencia de comida, «con instrucciones en varios idiomas en el exterior», con la esperanza de que marineros o submarinos enemigos hambrientos las recogieran, intentaran calentarlas y volaran por los aires. ⁹

Aunque ninguno de estos planes llegó a fructificar, el memorando contenía la semilla de otra idea: la propuesta número veintiocho de la lista era fantástica desde todo punto de vista. Bajo el encabeza-

do «Una sugerencia (no muy agradable)», Godfrey y Fleming escribieron: «La siguiente propuesta se emplea en un libro de Basil Thomson: un cadáver vestido de aviador, con despachos en sus bolsillos, podría arrojarse en la costa de modo que parezca haber caído debido a un fallo en su paracaídas. Entiendo que no es difícil obtener cadáveres en el hospital de la Armada, pero, por supuesto, tendría que emplearse uno fresco».¹⁰

Basil Thomson, antiguo ayudante del primer ministro de Tonga, tutor del rey de Siam, ex director de la prisión de Dartmoor, policía y novelista, se había labrado una reputación como cazador de espías durante la primera guerra mundial. Como jefe de la división de investigación criminal de Scotland Yard y la división especial de la policía metropolitana, obtuvo una fama (sólo en parte merecida) por atrapar espías alemanes en Gran Bretaña, muchos de los cuales fueron arrestados y ejecutados. Thomson entrevistó a Mata Hari (y concluyó que era inocente) y distribuyó los «diarios negros» del nacionalista y revolucionario irlandés sir Roger Casement, en los que detallaba sus aventuras homosexuales: Casement fue posteriormente juzgado y ejecutado por traición. Thomson fue un maestro temprano del engaño, y no sólo en su vida profesional. En 1925, el honorable jefe de policía fue hallado culpable de un acto de indecencia cometido con una tal «señorita Thelma de Lava» en un banco de un parque londinense, y condenado a pagar una multa de cinco libras esterlinas.

Mientras atrapaba espías, vigilaba a líderes sindicales y se juntaba con prostitutas (con fines «investigadores», como explicó al tribunal), Thomson tuvo tiempo para escribir doce novelas de detectives.¹¹ El héroe de éstas, el inspector Richardson, habita un mundo poblado por damiselas en apuros, emociones contenidas y forasteros excitables necesitados de colonizadores británicos. La mayoría de las novelas de Thomson, con títulos como *Death in the Bathroom* y *Richardson Scores Again*, eran poco memorables. Pero en *The Milliner's Hat Mystery*, publicada en 1937, plantó una semilla. La novela comienza en una noche tormentosa con el descubrimiento del cadáver de un hombre en un granero, el muerto lleva unos documentos que le identifican como «John Whitaker». Por medio del laborioso trabajo detectivesco

que lo caracteriza, el inspector Richardson descubre que cada uno de los documentos hallados en los bolsillos del cadáver es una falsificación ingeniosa: sus tarjetas de visita, sus facturas e incluso su pasaporte, en el que su nombre real ha sido borrado empleando un disolvente especial y reemplazado por el falso. «Conozco el producto que utilizaron; se empleaba muchísimo durante la guerra», dice el inspector Richardson. «Elimina la tinta de cualquier documento sin dejar huella.»¹² El resto de la novela se dedica a aclarar la identidad del cuerpo hallado en el granero. «Hemos sido adiestrados para investigar una historia por más improbable que suene», afirma el inspector Richardson. «Sólo así podemos llegar a la verdad.» El inspector Richardson dice frases de este tipo todo el tiempo.

La idea de crear una identidad falsa para un cadáver quedó incrustada en la mente de Ian Fleming, un bibliófilo acreditado que poseía varias de las novelas de Thomson. El motivo pasó de la obra de un espía novelista a la mente de un futuro espía novelista y en 1939, el año en que murió Basil Thomson, ingresó formalmente en las elucubraciones de los jefes del espionaje británico en el momento preciso en que se embarcaban en una feroz batalla de inteligencia con los nazis.

Godfrey, el almirante aficionado a la pesca de la trucha, escribió más tarde que la segunda guerra mundial «nos ofrece ejemplos de labores de espionaje muchísimo más interesantes, entretenidos y sutiles que los que pueda tramar cualquier escritor de novelas de espías».¹³ Durante casi cuatro años, esa idea «no muy agradable», según él mismo la había calificado, permanecería latente, un cebo brillante arrojado por el espía-pescador a la espera de que alguien picara.

A finales de septiembre de 1942, un estremecimiento recorrió los círculos del espionaje británico y estadounidense cuando se pensó que la fecha prevista para la invasión del norte de África francés podía haber caído en manos de los alemanes y las alarmas se dispararon. El 25 de septiembre, una violenta tormenta eléctrica frente a la costa de Cádiz derribó un hidroavión Catalina FP119 de la fuerza aérea británica, que volaba de Plymouth a Gibraltar. En el accidente murieron todos los que iban a bordo, tres pasajeros y siete tripulantes,

entre los que se encontraba el teniente pagador James Hadden Turner, un correo de la Marina británica que llevaba una carta al gobernador de Gibraltar en la que se le informaba de que el general estadounidense Dwight Eisenhower llegaría al peñón inmediatamente antes de que empezara la ofensiva y de que «la fecha prevista es ahora el 4 de noviembre».¹⁴ Una segunda carta, fechada el 21 de septiembre, contenía información adicional sobre la futura invasión del norte de África.

El mar arrastró a la orilla los cuerpos, que aparecieron en La Barrosa, al sur de Cádiz, donde fueron recuperados por las autoridades españolas. Después de veinticuatro horas, un almirante español entregó al cónsul británico en Cádiz el cuerpo de Turner, con la carta todavía en su bolsillo. A lo largo de la confrontación, España había mantenido cierta neutralidad, pero los Aliados temían que el general Francisco Franco pudiera decidir unir su suerte a la de Hitler. La opinión oficial española era ampliamente favorable a las potencias del Eje; muchos oficiales españoles estaban en contacto con el espionaje alemán, y el área alrededor de Cádiz, en particular, era famosa por ser un foco de espías alemanes. ¿Era posible que el contenido de la carta, en la que se revelaba la fecha del ataque aliado, hubiera caído en manos del enemigo? En su momento se dijo que Eisenhower estaba «extremadamente preocupado».¹⁵

La invasión del norte de África, la Operación Antorcha, había estado preparándose durante meses. El general de división George Patton debía zarpar de Virginia el 23 de octubre rumbo a Casablanca, en el Marruecos francés, con la Western Task Force, un destacamento de treinta y cinco mil efectivos. Al mismo tiempo, las fuerzas británicas atacarían Orán, en la Argelia francesa, al tiempo que una fuerza aliada conjunta invadía Argel. Los alemanes sabían sin duda que se estaba preparando una gran ofensiva. Pero si la carta había sido interceptada y su contenido transmitido, conocerían también la fecha exacta del ataque y el hecho de que Gibraltar, la puerta del Mediterráneo y el norte de África, desempeñaría un papel clave en él.

Las autoridades españolas aseguraron a los británicos que el cadáver de Turner no había sido «manipulado de forma inapropiada».¹⁶ Un equipo científico voló de inmediato a Gibraltar para someter el

cuerpo y la carta a un examen minucioso. Los cuatro sellos que mantenían cerrada la solapa del sobre se habían abierto, aparentemente debido a la acción del agua del mar, y el texto era todavía «bastante legible» a pesar de haber estado sumergido durante al menos doce horas.¹⁷ Pero cierta labor de espionaje forense sugirió que los Aliados podían relajarse. Al abrir el abrigo de Turner para sacar la carta de su bolsillo del pecho, los científicos advirtieron que la arena que se había depositado entre los ojales cuando el cuerpo fue arrastrado hasta la playa caía de los botones y los orificios de éstos. «Es en extremo improbable», concluyeron los expertos británicos, «que un agente hubiera reemplazado la arena al volver a abotonar la chaqueta.»¹⁸ Los espías alemanes que operaban en España eran buenos, pero no tan buenos. El secreto estaba a salvo.

Con todo, las sospechas de los británicos no carecían de fundamento. Otra víctima del accidente del Catalina fue Louis Daniélou, un oficial de inteligencia que trabajaba con las fuerzas de la Francia Libre bajo el nombre en clave de «Clamorgan». Daniélou iba en el avión cumpliendo una misión de la Dirección de Operaciones Especiales (SOE, por sus siglas en inglés), la organización clandestina británica que operaba tras las líneas enemigas. Daniélou llevaba su libreta de apuntes y un documento, escrito en francés y fechado el 22 de septiembre, que se refería, si bien de forma vaga, a ataques británicos contra objetivos en el norte de África. Unos mensajes de radio que habían sido interceptados y descodificados indicaban que esta información sí se había comunicado a los alemanes: «De todos los documentos, entre los que se incluía una lista de personalidades prominentes [esto es, agentes] en el norte de África y posiblemente información relativa a nuestras organizaciones allí, así como de un cuaderno, se han hecho copias fotostáticas que han ido a parar a manos del enemigo».¹⁹ Los documentos habían sido copiados por un agente italiano sin identificar y entregados a los alemanes, que por error no atribuyeron a la información «una importancia mayor a la que normalmente se daba a cualquier dato proporcionado por el espionaje».²⁰ Es posible que los alemanes también hubieran sospechado que los «documentos probablemente formaban parte de un engaño».²¹

Las aguas del Atlántico habían llevado a manos de los alemanes una pieza importante de información militar secreta, y fue una suerte que su relevancia pasara desapercibida. «Esto sugirió que podía confiarse en que los españoles pasarían aquello con lo que se toparan, y que de este hábito tan poco neutral podía sacarse provecho.»²² Aquí estaba la prueba de una ingeniosísima vía hacia las mentes de los alemanes, unas aguas en las que podía lanzarse con confianza un cebo verdaderamente atractivo.

El incidente había ofuscado a los jefes del espionaje bélico, pero, en particular, se había alojado en la mente retorcida de un oficial de inteligencia, y allí permaneció. Esa mente pertenecía a un tal Charles Christopher Cholmondeley, un capitán de la fuerza aérea británica en comisión de servicios en el MI5, el Servicio de Seguridad del Reino Unido. A sus veinticinco años, Cholmondeley (pronúnciese «Chumly») era una notable excentricidad de la naturaleza, pero también un combatiente eficaz en esta guerra compleja y extraña. Cholmondeley miraba el mundo a través de unas gafas «culo de botella» y detrás de un extraordinario bigote encerado de más de quince centímetros de largo terminado en dos puntas magníficas. Con su metro noventa de estatura y sus pies del número 47, no parecía en absoluto cómodo en su uniforme y tenía un modo saltarín de moverse bastante inusual, «levantando las puntas de los pies mientras caminaba».²³

Cholmondeley tenía un gran deseo de aventuras. Siendo estudiante de la escuela Canford en Dorset, había participado en excursiones organizadas por la Sociedad de Exploración de las Escuelas Públicas a Finlandia y a Terranova, para levantar el mapa de un territorio todavía sin cartografiar. Vivir en tiendas, con una dieta basada en tartas de menta de Kendal, le encantó; Cholmondeley disfrutó cada momento e incluso descubrió una nueva especie de musaraña después de que una muriera dentro de su saco de dormir. Estudió geografía en Oxford, se unió al Cuerpo de Adiestramiento de Oficiales y en 1938 solicitó, sin éxito, prestar servicio en Sudán. Luego trabajó durante un corto período como «mensajero de la Corona», el cuerpo de correos encargado de llevar mensajes a las embajadas y consulados británicos de todo el mundo, un empleo que con frecuen-

cia se consideraba un trampolín hacia una carrera en el espionaje. El más distinguido de los ancestros de Cholmondeley era su abuelo materno, Charles Leyland, cuyo legado para el mundo fue el ciprés de Leyland, o *Leylandii*, motivo de interminables disputas vecinales en los suburbios. Cholmondeley tenía en mente un futuro más glamuroso: soñaba con convertirse en un espía, un soldado o, por lo menos, un funcionario colonial en algún país exótico y lejano. Su hermano Richard murió combatiendo en Dunkerque, lo que avivó todavía más su necesidad de encontrar acción, emociones y, de ser necesario, una muerte de héroe.

Cholmondeley quizá tuviera la mentalidad de un aventurero, pero no tenía ni el cuerpo ni la suerte para serlo. En noviembre de 1939 se convirtió en alférez en la fuerza aérea británica, pero aunque se hubiera encontrado una cabina capaz de acomodar su desgarrada figura, su miopía le impedía volar y nunca llegó a pilotar un avión. Según su hermana, «eso fue un terrible golpe» para él.²⁴ Por tanto, en lugar de elevarse de forma heroica por los cielos, como había esperado, Cholmondeley permaneció en tierra durante toda la guerra, con sus largas piernas apretadas debajo de un escritorio. Algo así acaso habría menoscabado las ambiciones de un hombre de menos personalidad, pero Cholmondeley optó por invertir todas sus energías e imaginación en el trabajo encubierto.

Para 1942 había ascendido hasta alcanzar el rango de capitán (temporal) en el Departamento de Inteligencia y Seguridad de la fuerza aérea británica, que brindaba apoyo al MI5. Tommy Argyll Robertson (conocido universalmente como «Tar» por sus iniciales), el jefe del MI5 que dirigía la Sección B1A de la inteligencia británica, la encargada de manejar a los espías enemigos capturados que trabajaban como agentes dobles, reclutó a Cholmondeley como un «hombre de ideas» y le describió como alguien «extraordinario y encantador».²⁵ En su tiempo libre, Cholmondeley restauraba coches antiguos, estudiaba los hábitos de apareamiento de los insectos y cazaba perdices con un revólver. Era una persona ceremoniosa y correcta, y de una timidez y una reserva casi patológicas. Constituía una figura peculiar en los alrededores de Whitehall, donde la forma en que batía sus brazos cuando estaba animado y los brincos que daba al

caminar lo hacían parecer un gran pájaro miope incapaz de volar. Ahora bien, pese a todas sus particularidades, Cholmondeley era un pensador extraordinario en el ámbito del espionaje.

Algunas de las ideas de Cholmondeley eran excesivamente descabelladas. En palabras de un oficial de inteligencia que fue su colega, «poseía una de esas mentes sutiles e ingeniosas que continuamente dan a luz ideas fantásticas, la mayoría de las veces tan ingeniosas que son imposibles de llevar a la práctica, o tan intrincadas que hacen que su eficacia sea problemática; de vez en cuando, empero, resultaban brillantes por su sencillez».²⁶ La función de Cholmondeley, como la de Ian Fleming en el Departamento de Inteligencia Naval, era imaginar lo inimaginable, e intentar atraer la verdad hacia allí. En términos más formales, era secretario del secretísimo Comité XX o Comité Veinte, el grupo encargado de supervisar el aprovechamiento de los agentes dobles (el nombre del grupo se debía a que los dos numerales romanos permitían un elegante juego de palabras cuando se los describía como una doble cruz: en inglés, *double-cross* significa «traición». Por otro lado, el nombre quizá fuera un homenaje irónico a Charlie Chaplin, cuyo *Gran dictador*, una película estrenada en 1940, actúa bajo una bandera que imita la esvástica con una doble equis). Bajo la dirección de John Masterman, un seco y ascético catedrático de Oxford, el Comité Veinte se reunía todos los jueves en las oficinas del MI5, en el número 58 de St. James's Street, para discutir el sistema de agentes dobles dirigido por «Tar» Robertson, explorar nuevos planes para engañar a los alemanes e idear cómo pasar al enemigo la información más dañina posible. Entre sus miembros había representantes de los servicios de inteligencia de la Marina, el ejército y la fuerza aérea, así como del MI5 (el Servicio de Seguridad, responsable del contraespionaje) y el MI6 (el Servicio Secreto de Inteligencia, SIS, por sus siglas en inglés, responsable de recabar información de inteligencia fuera de Gran Bretaña). Como secretario y representante del MI5 en esta reunión de espías de altísimo nivel que se celebraba semanalmente, Cholmondeley estaba al corriente de los planes de guerra más secretos. Había leído el memorando de 1939 de Godfrey y Fleming en el que se incluía la «no muy agradable» propuesta de usar un cadáver para transmitir información falsa al enemi-

go. Y el accidente del Catalina frente a la costa gaditana había demostrado que un plan semejante podía funcionar.

El 31 de octubre de 1942, justo un mes después de la recuperación del cuerpo del teniente Turner en la playa española, Cholmondeley presentó al Comité Veinte su propia idea, que, con el nombre en clave de «Caballo de Troya», describió como «un plan para introducir documentos de naturaleza supersecreta en las manos del enemigo». ²⁷ Básicamente, se trataba de una versión ampliada del plan esbozado en el Memorando Trucha.

Se obtiene un cuerpo en uno de los hospitales londinenses (precio normal en tiempos de paz: diez libras esterlinas) y luego se lo viste con un uniforme del ejército, la Marina o la fuerza aérea de un rango apropiado. Se le llenan los pulmones de agua y se colocan los documentos en un bolsillo interior. Una aeronave del Mando Costero se encarga de arrojar el cuerpo al mar en un lugar adecuado, a saber, uno en el que sea probable que las corrientes lo lleven a una playa en territorio enemigo. Al hallar el cadáver, el enemigo supondrá que uno de nuestros aviones ha caído o sido derribado y que éste es uno de los pasajeros. Aunque no es seguro que el correo llegue a su destino, si lo consigue, la información que transmita en forma de documentos puede ser de carácter muchísimo más secreto de lo que sería posible introducir por los canales normales de la B1A. ²⁸

A los espías y los agentes dobles vivos se les podía torturar o comprar para que revelaran la falsedad de la información que llevaban consigo. Un cadáver nunca hablaría.

Como la mayoría de las ideas de Cholmondeley, ésta era al mismo tiempo de una sencillez exquisita y endiabladamente problemática. Tras haber esbozado su propuesta para un caballo de Troya moderno, Cholmondeley se dio a la tarea de encontrar los puntos débiles de su idea. Una autopsia podía revelar que el cuerpo no era el de un ahogado; el avión encargado de transportarlo y echarlo al mar podía ser interceptado. Incluso si se encontraba un cadáver apropiado, sería necesario convertirlo en «el doble de un oficial real». ²⁹ Un miembro del Comité Veinte señaló que un cadáver arrojado de un avión a determinada altura resultaría sin duda dañado, «y las heridas sufridas

después de la muerte siempre pueden ser identificadas como tales». ³⁰ Si se colocaba el cuerpo en un lugar en el que las aguas lo llevaran a territorio enemigo o bajo ocupación enemiga, como Noruega o Francia, la posibilidad de que los científicos alemanes lo sometieran a «una autopsia completa y eficaz» era altísima. ³¹ España y Portugal eran «neutrales», pero ambas naciones estaban inclinándose hacia el Eje: «De estos dos, es claro que España es el país donde existen mayores probabilidades de que los documentos se entreguen o, por lo menos, se muestren a los alemanes». ³²

El plan de Cholmondeley era a la vez novedoso y muy antiguo. De hecho, la elección poco sutil del nombre en clave «Caballo de Troya» evidencia lo lejos en la historia que se remonta este ardid. Odiseo quizá fue el primer guerrero que ofreció al enemigo un regalo atractivo que contenía una sorpresa en extremo desagradable, pero sus imitadores han sido muchísimos. La técnica de sembrar información engañosa mediante un accidente falso tiene incluso un nombre formal en la jerga de los servicios de inteligencia: la «treta del macuto».

La treta del macuto fue una idea original de Richard Meinertzhagen, ornitólogo, sionista antisemita, cazador, estafador y espía británico. En *Seven Pillars of Wisdom* («Los siete pilares de la sabiduría»), T. E. Lawrence (de Arabia) ofreció un retrato de su contemporáneo como un hombre extraordinario y extraordinariamente antipático. «Meinertzhagen no sabía de medias tintas. Era un tipo lógico, un profundo idealista, y tan poseído de sus convicciones que pretendía uncir el mal al carro del bien. Era un estratega, un geógrafo y un hombre magistral que se reía a solas; que extraía tanto placer de engañar a sus enemigos (o a sus amigos) con bromas faltas de escrúpulos, como de aplastarles los sesos a una acorralada multitud de alemanes con uno de sus *knob-kerri* africanos. Sus instintos se veían favorecidos por un cuerpo inmensamente poderoso y un cerebro salvaje.» ³³

En 1917, el ejército británico, bajo la dirección del general sir Edmund Allenby, había atacado en dos ocasiones a los turcos en Gaza, pero en ambas se había topado con una potente fuerza enemiga que le bloqueaba la ruta hacia Jerusalén. Allenby decidió que la siguiente ofensiva debía realizarse por Beersheba, en el este, con la es-

peranza de engañar a los turcos y hacerlos esperar un nuevo ataque en Gaza (que era el objetivo más obvio). El oficial de inteligencia a cargo de la diversión era el comandante Richard Meinertzhagen.

Meinertzhagen sabía que la clave para un engaño eficaz era no sólo ocultar lo que estás haciendo, sino convencer al otro bando de que lo que estás haciendo es exactamente lo contrario de lo que estás haciendo. Con este fin, llenó un macuto con documentos falsos, cartas personales, un diario y veinte libras esterlinas en efectivo, y lo embadurnó con sangre de su caballo. Luego cabalgó por tierra de nadie hasta que una patrulla montada otomana le disparó. El comandante se desplomó sobre su montura fingiendo que le habían herido, dejó caer su macuto, sus binoculares y su fusil, y cabalgó de regreso a las líneas británicas. Una de las cartas (escrita por la hermana de Meinertzhagen, Mary, pero supuestamente obra de la esposa del dueño del macuto) informaba a su remitente del nacimiento de su hijo. Un ejercicio de sensiblería eduardiana en estado puro: «¡Adiós, querido! La enfermera me dice que no debo fatigarme escribiendo demasiado... ¡El bebé envía un beso a su papi!». ³⁴

A continuación Meinertzhagen lanzó una operación para que pareciera que se había puesto en marcha una búsqueda febril del macuto perdido. Cerca de las líneas enemigas se colocó, de modo que pareciera consecuencia del descuido de una patrulla, un bocadillo envuelto en una orden del día en que se hacía alusión a los documentos perdidos. Se creó una (inexistente) comisión de investigación ante la que se ordenó comparecer a Meinertzhagen para explicar la pérdida del macuto.

A su debido tiempo, los turcos concentraron sus fuerzas en Gaza, para lo cual retiraron dos divisiones de Beersheba. El 31 de octubre de 1917, los británicos lanzaron su ataque y forzaron la retirada de la débil defensa turca de Beersheba. Para diciembre, habían tomado Jerusalén. Meinertzhagen alardeó que su treta del macuto había sido «fácil, confiable y barata». ³⁵ Pero la victoria quizá también deba atribuirse a otra estratagema retorcida de Meinertzhagen: el lanzamiento de centenares de cigarrillos con opio detrás de las líneas turcas. Algunos historiadores han sostenido que la treta del macuto no fue tan exitosa como Meinertzhagen sostuvo. Es posible que los otoma-

nos hubieran sido engañados. O bien que se encontraran increíblemente drogados.

El ardid se actualizó y volvió a emplearse una vez más a comienzos de la segunda guerra mundial. Antes de la batalla de Alam Halfa en 1942, se colocó, en un vehículo de reconocimiento destrozado por una bomba, un cadáver agarrado a un mapa que parecía mostrar una ruta «segura» a través del desierto.³⁶ Se esperaba que los tanques de Rommel hallaran el mapa y que éste los desviara hacia terreno blando, lo que retrasaría su avance. En otra variación del mismo motivo, un falso plan de defensa de Chipre se dejó en manos de una mujer de El Cairo que, se sabía, estaba en contacto con espías del Eje. Con todo, la variante más reciente había sido la tramada, con bonita simetría, por Peter Fleming, el hermano mayor de Ian Fleming, un oficial de inteligencia a las órdenes del general Archibald Wavell, entonces comandante supremo de las fuerzas aliadas en Extremo Oriente. Peter, que tenía en común con su hermano la viveza de su imaginación y era ya un escritor de éxito, maquinó su propia treta del macuto, una operación con el nombre en clave de «Error», con el objetivo de convencer a los japoneses de que el mismísimo Wavell había resultado herido durante la retirada de Birmania y se había dejado atrás varios documentos importantes en un coche abandonado. En abril de 1942, los documentos falsificados se colocaron, junto con una fotografía de la hija del general, cartas personales, novelas y otros artículos, en un sedán Ford verde, que se empujó por una ladera en un puente que cruzaba el río Irrawaddy, justo delante del avance del ejército japonés. Aunque la Operación Error quizá fuera muy divertida, «no existió ninguna prueba de que los japoneses hubieran prestado atención al coche y mucho menos de que hubieran sacado alguna conclusión a partir de su contenido».³⁷

Ése era el inconveniente central de la treta del macuto: después de tres décadas, estaba profundamente arraigada en el folclore del espionaje y era fuente de muchas anécdotas de sobremesa, pero había poquísimas pruebas fidedignas de que realmente hubiera funcionado alguna vez.